

# La homosexualidad como problema socio-político en el cine español del postfranquismo

(o como aprendí a dejar atrás toda esperanza al penetrar en un cine)

**Eduardo Haro Ibars**

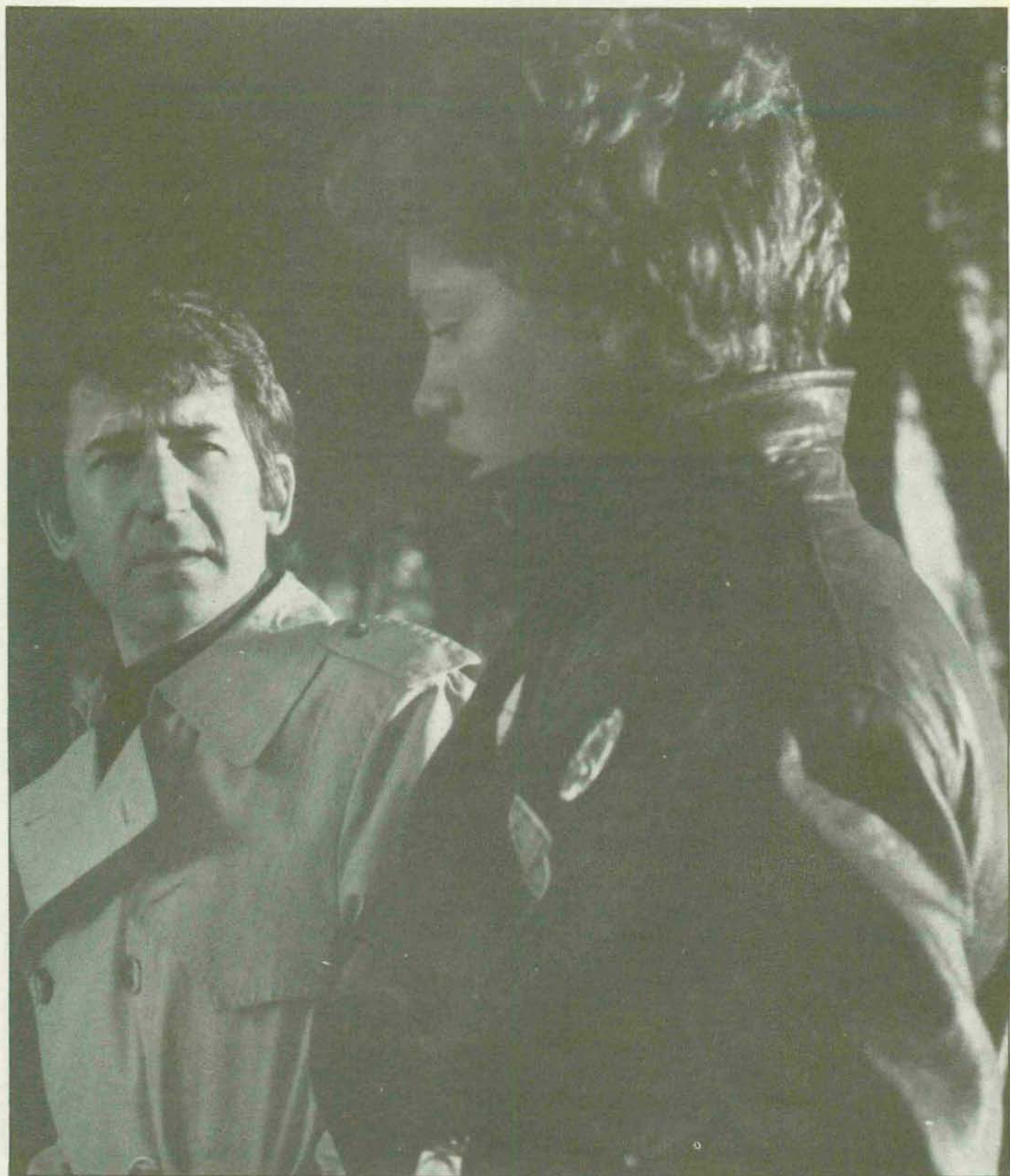
...y es que la vida es dura, y la esperanza fútil, y todo aquello que con dificultad se consigue —la libertad de expresión, por ejemplo—, y que era hermoso como sueño, se convierte en fuente de nuevas insatisfacciones, de nuevos dolores y también, cómo no, de nuevas exigencias. Nada sino el desesperanzado Eclesiastés o las pesimistas enseñanzas del Buda podrán explicar mis sentimientos al ver las películas que, como arañitas de techumbre, tejen y pergeñan algunas de las «grandes esperanzas» del franquismo, aquellos que creíamos sujetos solamente por una censura dictatorial, y de quienes lo esperábamos todo a la muerte del tirano garbancero.

Para ilustrar mi estado de tristeza y de hastío, que me hace —en tardes lúgubres— ver las puertas de los cines como bocas del Infierno frío del aburrimiento absoluto, me voy a limitar a la obra más reciente de dos vascos que tienen, ambos, un punto en común: el haber intentado tratar el problema de la homosexualidad con una gran dosis de honestidad y dentro de un marco socio-político determinado, y que ellos deben considerar

realista. Se trata, claro está, de Eloy de la Iglesia y de Pedro Olea. Que conste, ante todo, que no dudo de la pureza de sus intenciones, y no les acuso de oportunismo ni de juego con el escándalo. Sólo de hacerlo mal, de haberme defraudado, de ser en cierto modo —claro, que no son sólo ellos— los culpables de mi actual desencanto. Y descarto deliberadamente del catálogo de horrores que voy a trazar el «Dios desconocido» de Chávarri, película pedante y poetizante, pero digna, y que además responde a otros planteamientos iniciales. Sólo voy a hablar de tres películas, por orden de antigüedad, que no de antigüalla: «Los placeres ocultos», «Un hombre llamado Flor de Otoño» y —la última, y tal vez la peor— «El diputado».

La primera, parida con dolor de censuras fantasmagóricas pero eficaces —dificultades administrativas, que dicen ellos—, y mutilada hasta en el título, pertenece a la tristemente extensa filmografía de Eloy de la Iglesia. Este caballero tiene una apreciable ventaja: toca temas muy interesantes, elige historias que podrían ser muy interesantes y,

como el niño de la fábula con su arbolito, más tarde las destroza. De la Iglesia es, o era, o se decía, marxista. Yo confieso que fui al estreno de «Los placeres...» esperando ver una película que tocara el tema de la homosexualidad desde tal punto de vista marxista. Esperaba un análisis del porqué de la represión sexual en España, de las relaciones entre clases y su influencia en el comportamiento sexual, etc. Esperaba aburrirme, vamos, pero de una forma digna. Y mi asombro no tuvo límites cuando me encontré con un folletín que ponía en escena a un homosexual maduro y rico (bueno), a un proletario joven y no marica, pero que se deja querer por el otro (y que también es bueno) y a unos lumpen malísimos y muy guapos, que fuman porros en un galpón y viven de la chapa y la sirla. Al fondo, una madre comprensiva que muere callando, que conoce el inconfesable secreto de su hijo y sufre en silencio, castradora y bondadosísima. El film en cuestión se tenía que llamar «La acera de enfrente», y hubiera merecido ese título grotesco, por lo grotesco de su contenido. El folletín se queda en tal,



no hay ni un intento de profundización en nada, y todo ocurre por eso, porque el mundo es malo, duro y difícil. Y pasemos a un horror mayor —sí, hay algo todavía peor—: «Flor de Otoño», de Pedro Olea, basado muy libremente

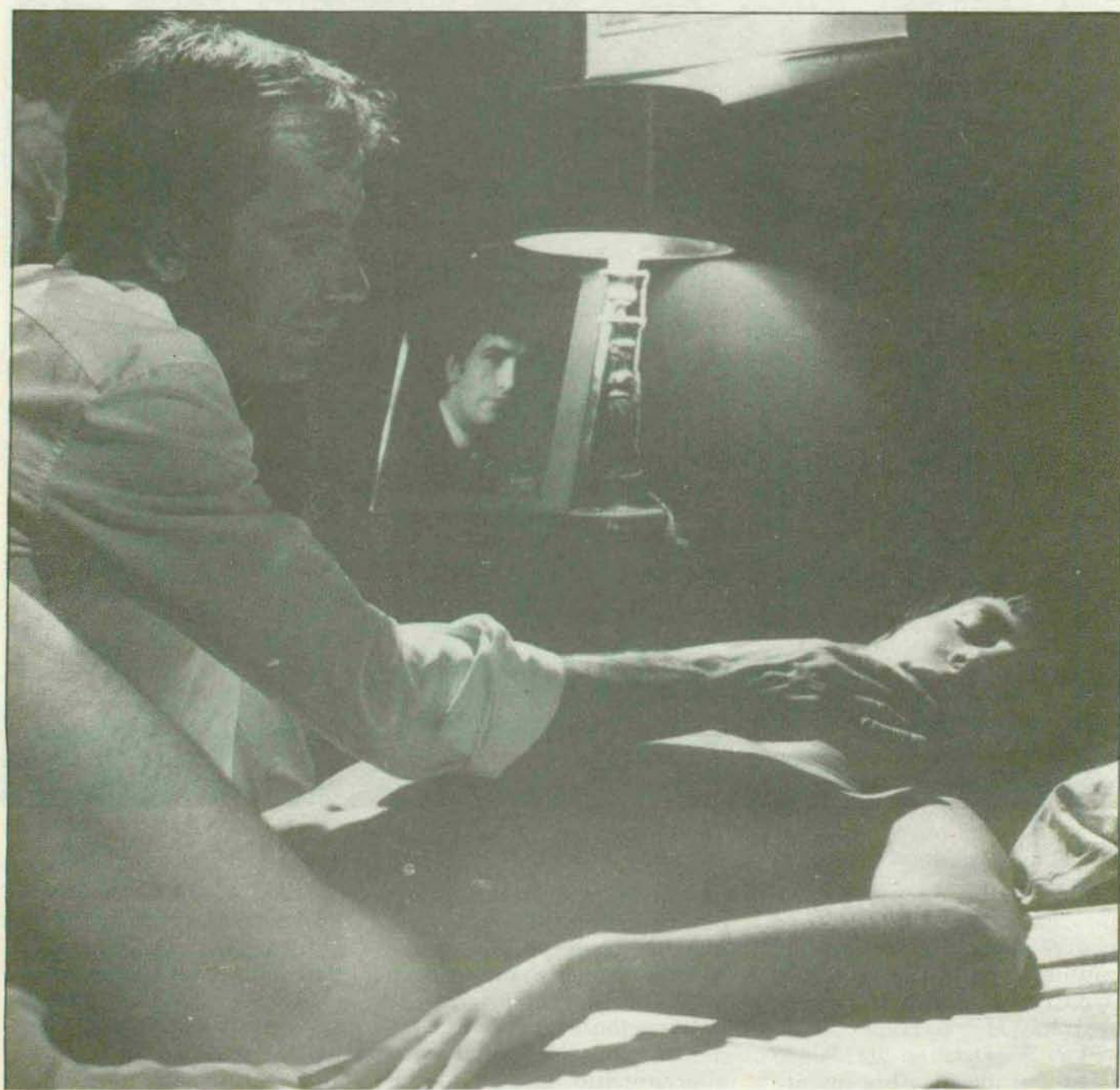
en una obra de teatro mala, pero no tanto, de Rodríguez Méndez. He de reconocer que en esa película me divertí más, porque me indigné y la indignación es una droga poderosa que hace olvidar el aburrimiento. La película, al

parecer, se basa también en hechos reales: en la azarosa vida de un admirable caballero que es abogado sindicalista, libertario y, además, travesti y chanteuse en el Bataclán de Barcelona, en los años veintitantos. Personaje,

desde luego, interesantísimo en sí, y que hubiera merecido un mayor respeto por el realizador y el guionista de este horror, y que un día decidí ponerle una bomba al tren en el que viaja Primo de Rivera a Barcelona, a poner fin a las actividades de los amigos del travestí, a quien se nos hace suponer faiero, y también fallero, por su afición a los pectardos y tracas para derrumbar estantiguas y vestiglos. Pues bien: Pedro Olea coge esta historia, y con ella hace... humo. Confieso que salí sin enterarme de nada: ni de la

situación de los trabajadores en la Barcelona de los años veinte, ni de la vida de los travestís por esas mismas fechas, ni de por qué el abogado Lluís de Sarracant decide un buen día vestirse de señora, ni de por qué quiere matar a Primo de Rivera, ni de nada. Una paupérrima ambientación ayudaba al desconcierto, y la tan mentada actuación de José Sacristán —un actor, a mi entender, bastante mediocre y pedante— no ayudaba a nada de nada. ¡Ah! También ahí hay una madre, personaje inverosímil —pero ahí todo

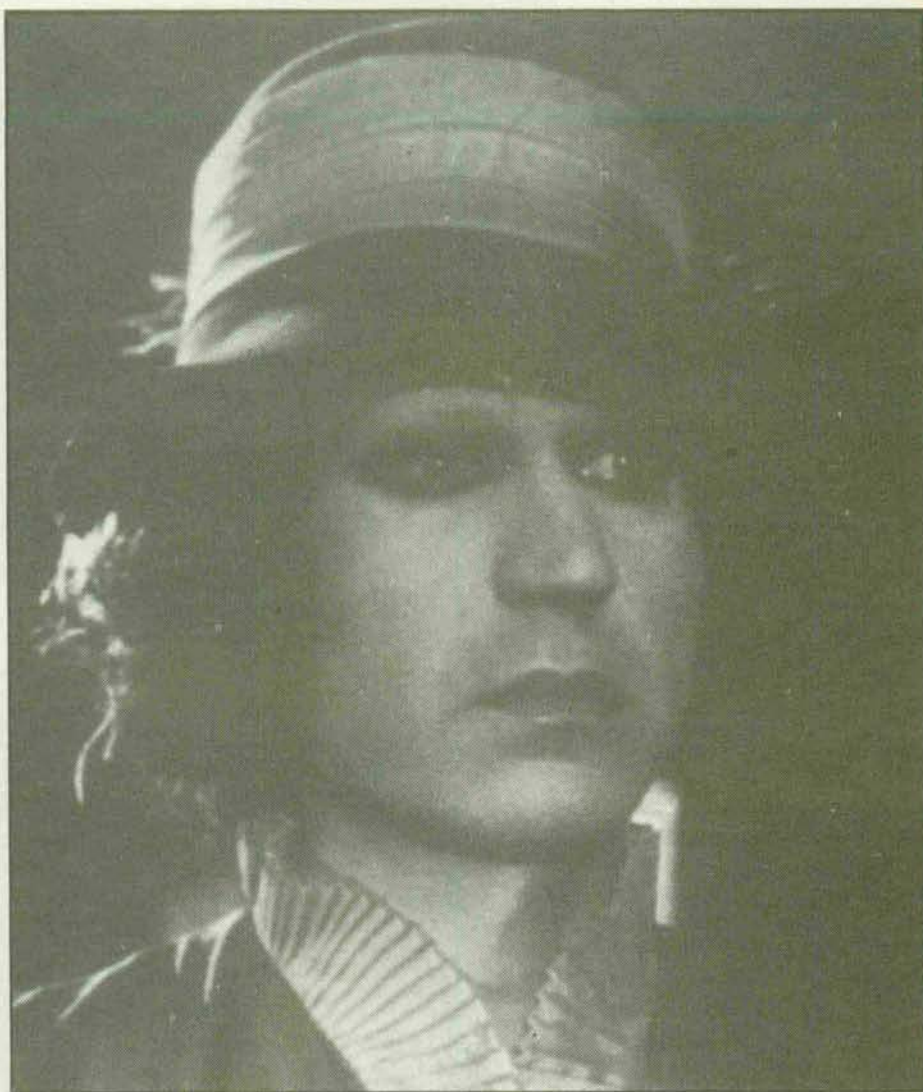
era inverosímil— que calla y sufre, y sabe que su hijo es hija cuando le ve vestido de señora —muy elegante, por cierto Sacristán con su vestido malva— y que al final enloquece, dando pie a la escena más bochornosamente folletinesca de la película. La gente sale del cine convencida de la verdad de la ecuación terrorista, igual a desviado sexual, igual a loco de remate. Porque nada más se le explica, ni se da ninguna motivación válida para el comportamiento de nadie. Una cosa buena: Sacristán canta cuatro cuplés en plan



Olga Ramos, y yo creo que —con unas pocas más tablas— podría desbancar a esta señora en su papel de reina de las noches madrileñas.

En «El Diputado», del señor de la Iglesia, también hay una madre: el Partido. Un partido de izquierdas, sin determinar, que es absolutamente ciego para las actividades amorosas de su representante en el Senado, y que incluso va a elevarle al cargo de Secretario General sin saber nada de su vida privada. Lo inverosímil es aquí absoluto: el señor Sacristán —sí, también está aquí, y más acartonado que nunca— pasea con su chulo por parques y avenidas como un ciudadano normal, sin vigilancia alguna, expuesto, claro, a lo que le pasa: que la **extrema derecha** —más siniestra que al natural— aproveche sus deslices eróticos para chantajearle y hundirle la vida. «El Diputado» es el mayor conjunto de absurdos y disparates que he podido ver últimamente. Ahora bien, hay algunas escenas —clasificadas «S»— que pueden ser interesantes para quien tenga vocación de voyeur.

Hasta aquí y hasta ahora nadie nos ha contado la vida del homosexual de verdad: del que va a bares gays, frecuentador de guetos; del marica ni rico, ni político, ni travestí, ni terrorista. En fin, del hombre



de la calle, con sus problemas, con sus vivencias a veces trágicas y a veces divertidas. Nadie nos ha hablado de por qué es terrible amar a alguien de su propio sexo, de quién es el responsable de la imposibilidad del amor y del deseo en una sociedad que hace poco ha empezado a ser permisiva. Ni Olea, ni de la Iglesia, ni tam-

poco Chávarri —aunque éste se acerque un poco más— han analizado de verdad, y en profundidad, un tema tan rico y tan trágico. Pero todavía me queda la esperanza de que alguien lo haga, y no sólo con honestidad —repito que no creo a Olea ni a Eloy de la Iglesia deshonestos—, sino con inteligencia. ■ E. H. I.

## «Harlan country USA»

Diego Galán

Es comprensible el escepticismo que muchos sienten ante la idea de que el cine norteamericano pueda ofrecer una perspectiva sobre la realidad histórica alejada de mixtificaciones, falsedades y trampas ideológicas. Son infinitas las películas norteamericanas que han aprovechado un pasaje histórico para canalizar una reaccionaria visión del mundo. Mucho más que un mínimo interés por la verdad his-

tórica, interesaba en estas películas la propagación de consignas alienadoras. Es decir, el mundo de los valores propuesto —desde un punto de vista político o moral— debía servir a los inmediatos intereses de la política norteamericana, a la defensa de la conservación del orden capitalista. Si se quiere, desde la legendaria «El nacimiento de una nación», de Griffith, hasta «Patton», de Shaffener, pasando